LA OPA HOSTIL SOBRE EL CIELO

LA OPA HOSTIL SOBRE EL CIELO

La carta enviada al Papa el 11 de agosto de 2026 recibió una confirmación de recepción en un plazo que ninguna institución religiosa había prometido nunca oficialmente.

Solo había tres explicaciones posibles.

1. La Santa Sede no acepta correos electrónicos.

2. La Santa Sede no facilita una dirección dedicada a los fieles corrientes.

3. La Santa Sede prefiere la correspondencia en papel entregada por correo tradicional.

Sin embargo, algo me decía que yo no pertenecía a los fieles.

Yo pertenecía a los colegas.

Quizá de otro siglo. Sin sotana. Sin alzacuellos. Sin ninguna insignia visible de autoridad.

Después de ocho años dentro de un colegio de monjas, no obstante, seguía considerándome un católico practicante con una cantidad razonable de fe todavía en almacén.

A la mañana siguiente, el teléfono de mi casa se comportó como si estuviera poseído.

Llegaban llamadas de todas partes.

Todos repetían la misma pregunta.

«¿Lo has visto?»

¿Visto qué?

«Eres el primero.»

¿Primero dónde?

«En la web. En todas partes. Por encima del Vaticano. Por encima de los periódicos. Por encima de Wikipedia. Lo único que está más arriba que tú es el pie de página.»

La información sonaba ridícula.

Por desgracia, también era cierta.

A la hora de comer me encontré frente al verdadero Tribunal del Santo Oficio:

mi mujer y mi hija.

El interrogatorio empezó de inmediato.

«Si el Papa te invitara al Vaticano, ¿qué le dirías?»

Sonreí.

Como narrador, vendedor, escritor y estafador profesional ocasional, rara vez he sufrido escasez de respuestas.

Entonces mi director de banco, que además resultaba ser amigo, apareció inesperadamente en mi casa y proporcionó la aceleración narrativa necesaria.

Por fin respondí.

«Le explicaría a Su Santidad que ha llegado el momento de que haga historia tres veces distintas.»

Silencio.

Todos escuchaban.

«Primero, convirtiéndose en Papa.»

Una pausa.

«Segundo, reconociendo oficialmente que Jesucristo iba bien afeitado y era, por tanto, el primer colega que Gillette tuvo jamás.»

Nadie interrumpió.

Animado por la ausencia de detención inmediata, continué.

«Tercero, trayendo Gillette de vuelta a casa y poniendo la empresa bajo protección vaticana.»

La sala estalló.

Todos se rieron.

Todos menos mi hija.

Ella estaba calculando la probabilidad de que la idea fuera seria y, peor aún, intentando entender de dónde había salido.

La estrategia en sí era bastante simple.

La Iglesia se convertiría en la organización de marketing más poderosa de la historia humana.

Cada paquete de cuchillas.

Cada maquinilla.

Cada folleto.

Cada expositor.

Cada anuncio.

La imagen de Jesús.

La fidelidad a la marca se convertiría de inmediato en una cuestión teológica.

Nadie volvería a cambiar de marca jamás.

Los fieles comprarían cuchillas de la Iglesia.

La Iglesia ganaría consumidores.

Los consumidores se harían fieles.

Los fieles financiarían la caridad.

La caridad generaría buena voluntad.

La buena voluntad generaría más fe.

El volante de inercia se volvería eterno.

Luego llegaba la Fase Dos.

El Papa lanzaría una opa hostil.

No contra otra religión.

Contra Wall Street.

Gillette abandonaría la bolsa para siempre.

Se acabaron los accionistas.

Se acabó el pánico trimestral.

Se acabaron los analistas explicando la realidad a quienes la habían construido de verdad.

La empresa pasaría a formar parte del patrimonio protegido de la humanidad.

Gestionada por doce pescadores seleccionados directamente del clero.

El modelo de gestión original.

Probado hace dos mil años.

Los resultados son históricamente significativos.

Naturalmente, la gente de los detergentes nunca entendería qué había pasado.

Un día poseerían una gallina de los huevos de oro.

Al día siguiente creerían poseer una gallina sin huevos.

Lo que no lograrían advertir es que la gallina había adquirido de golpe dos mil millones de clientes adicionales.

Los ingresos se triplicarían.

Los costes de gestión se desplomarían.

Capas enteras de directivos desaparecerían discretamente.

Muchos de ellos muy bien pagados.

Unos pocos son competentes.

La correlación nunca se había establecido de forma concluyente.

Por mi parte, veía un solo riesgo personal.

Que el Papa aceptara.

Y si aceptaba, podría pedirme volver a trabajar para Madre Gillette.

Solo el tiempo justo para relanzar la startup.

Eso crearía de inmediato un problema conocido.

Su Santidad ya conocería mi precio.

Un dólar.

No porque ese fuera el valor.

Porque esa había sido siempre la broma.

Y como toda broma peligrosa, contenía mucha más verdad que consuelo.

Ferdinando